

Educar en la solidaridad, identidad ignaciana en las fronteras

Lic. Ricardo Moscato¹

*El amor se debe poner más en las obras que en las palabras
San Ignacio (EE, 230)*

El contexto es ambiguo y complejo. Es cierto que hay muchas acciones solidarias en nuestra sociedad y especialmente asumidas por los jóvenes. Que hoy la solidaridad es un "valor cultural" aceptado universalmente y está en la agenda de la educación en valores. Pero también es real que predomina como cultura un individualismo posesivo del "todo, ya y para mí", del "me merezco todo y no soy responsable de nada". Y que los programas de TV abierta más populares son los que utilizan la exclusión como su principal atractivo y en algún caso disfrazándolo de "sueño solidario". Y es cierto que la sociedad argentina está hoy más fragmentada y que el lazo social entre nosotros está en riesgo. Y que el consumismo excluye y discrimina y deja vacíos a los que consumen sin producir, disfrutan sin pensar, acumulan sin compartir, siendo sus principales víctimas los chicos y los jóvenes. Y que todavía la desigualdad social, la desnutrición infantil y la pobreza siguen siendo heridas abiertas en el país de los alimentos y de los recursos naturales que Dios nos regaló. Y que en muchas escuelas se "contiene" pero no se educa, se "informa" pero no se aprende, se habla de valores pero no se los vive.

Y entonces preguntarnos qué solidaridad, porqué la solidaridad y para quiénes es preguntarnos por la identidad de nuestra misión educativa como colegios de la Compañía de Jesús, desde la Pedagogía Ignaciana.

Una identidad que es memoria y promesa

Vivimos un cambio de época que afecta a todas las personas y a toda la persona. Es una profunda crisis de sentido. Son tiempos de "fluidez", al decir de Bauman, "cualidad de los líquidos y los gases que no pueden sostener una fuerza tangencial y cortante y sufren constantes cambios cuando se los somete a tensión". Falta el enlace, característica de la estabilidad de los sólidos. Faltan las certezas. A su vez, la cultura mediática de la imagen promueve una subjetividad auto referenciada, sin apertura al otro. La "soberanía del capricho" destruye la alteridad y debilita al sujeto. Lo queremos todo y su contrario. Que la sociedad nos proteja sin prohibirnos nada, que nos asista con afecto pero sin importunarnos, que esté ahí para nosotros sin que nosotros estemos ahí para ella. En muchos, la percepción reemplaza la conciencia, la imagen a la palabra, el impacto emocional a la reflexión. Las subjetividades juveniles ya no son "pedagógicas" y tienen mucho de mediáticas. Esto desafía a la educación y a sus formatos tradicionales

¹ Artículo Revista Diálogos Pedagógicos, Año VI, Número 12. Octubre 2008. Universidad Católica de Córdoba

Ubicados en este contexto, ¿de qué identidad hablamos? ¿Cómo hacer para impactar en la subjetividad actual educando en solidaridad?

Identidad tiene en su raíz la voz latina *ídem* que significa *lo mismo*. Una concepción formal la reduce a la simple repetición afirmativa de lo mismo, a la auto referencia. En cambio, desde una perspectiva ignaciana la comprendemos cuando entramos en comunión con el don del otro, cuando reconocemos la alteridad como enriquecedora e integradora de nuestra propia identidad. Es decir, cuando vivimos una *identidad dinámica* que nos exige esfuerzo y creatividad, interpretando los signos de los tiempos. La clave nos la da el Evangelio: *si el grano de trigo que cae en la tierra no muere, queda solo, pero si muere, da mucho fruto* (Jn, 12,24). El grano de trigo no renuncia a su ser pero se transforma para dar fruto. Es una de nuestras certezas. En el corazón de esa identidad como memoria y promesa está la solidaridad.

Pero se es en la medida que se pertenece. Pertenencia a la Iglesia, a la Compañía de Jesús, a la sociedad. La solidaridad es un signo de nuestra identidad y de nuestra pertenencia.

Los fundamentos teológicos y antropológicos de la solidaridad

El ser personal no se comprende sino desde el ser comunitario. Todo proyecto personal nace de la conjunción, del diálogo entre el individuo y la sociedad. Se trata de construir una “cultura del encuentro” que integre diferentes culturas, ideas, pero ante todo personas. Desde una institución educativa, significa encuentro como comunidad y encuentro con los que no están “adentro” y hacia los cuales tenemos un deber y una responsabilidad social.

El fundamento de la solidaridad lo actualizó Juan Pablo II cuando afirmó que *“en la búsqueda del Bien Común, la Doctrina Social de la Iglesia adopta como criterio prioritario la preocupación por los más desposeídos y necesitados: aquellas personas que se encuentran en medio de dificultades insuperables, por la cual se les cierra el acceso a bienes elementales y necesarios para una vida digna de quien ha sido creado a imagen y semejanza de Dios”*

“... El ejercicio de la solidaridad dentro de cada sociedad es válido solo cuando sus miembros se reconocen unos a otros como personas. Los que cuentan más al disponer de una porción mayor de bienes y servicios comunes han de sentirse responsables de los más débiles, dispuestos a compartir con ellos lo que poseen”. Nos asumimos como personas cuando “otros” nos reconocen como tales y nosotros los reconocemos. Allí se descubre un “vínculo” que nos liga y por tanto nos “ob-liga” internamente y no desde una imposición. La educación en la solidaridad es educar en el reconocimiento del otro y en la apertura de corazón. Es educar la afectividad y la conciencia. *“La solidaridad no es un sentimiento superficial por los males de tantas personas, cercanas o lejanas. Al contrario, es la determinación firme y perseverante de empeñarse por el bien común, es*

decir por el bien de todos y cada uno para que todos seamos verdaderamente responsables de todos” en palabras de Juan Pablo II

Esta solidaridad tiene profundas raíces bíblicas. Es Yahvé preguntando a Caín “*dónde esta tu hermano Abel*”. Es Caín contestando como el primer individualista y rompiendo el lazo fraternal: “*no sé, soy yo acaso el guardián de mi hermano*” (Gen, 4,9) Mientras Caín desconoce a su hermano, Jesús contesta “solidariamente”: “*en verdad os digo que cuanto hicisteis a uno de estos mis hermanos míos más pequeños a mí me lo hicisteis*” (MT. 25,40)

En la ética cristiana, la solidaridad es un concepto teológico: la experiencia de un Dios que se nos revela solidario nos invita a una vida solidaria. La Sagrada Escritura es la historia solidaria de Dios con la humanidad. La revelación histórica de Dios en la vida y muerte de Jesús es la revelación de la vida de la Trinidad: la solidaridad entre el Padre, el Hijo y el espíritu. Dios es Trinidad en cuanto Amor y es Amor en cuanto Trinidad. La “comunión divina” se revela como comunión con lo humano e invita a lo humano a la comunión como dice Tony Mifsud SJ.

La parábola del Buena Samaritano no es otra que la del cristiano que está ejerciendo el amor al prójimo. Lo que suscitó todos los movimientos del samaritano fue la compasión: “*Un samaritano que iba de camino llegó junto a él y, al verle, sintió compasión*”. De esta compasión se desató toda su acción posterior: se acercó, vendó sus heridas, puso en ellas aceite y vino, lo montó en su cabalgadura, lo llevó a una posada, cuidó de él, sacó dos denarios, los dio al posadero, le pidió que cuidara de él, se comprometió a pagarle lo que fuera necesario a su vuelta y a regresar para ver cómo estaba. 11 acciones generadas a partir de la compasión. El compromiso no fue instantáneo, sino que se prolongó en el tiempo. La historia no va más allá: queda abierta al futuro. El prójimo no es el que está próximo, sino al que yo me hago próximo porque sufre y que me genera un sentimiento de compasión: “*¿Quién te parece de estos tres que fue prójimo del que cayó en manos de los salteadores?*” Él le dijo: ‘*El que practicó misericordia con él*’” (Lc 10, 36). Practicar la misericordia no es solo un sentimiento. Es un sentimiento inicial que va ligado a una serie de acciones prácticas por el bien del otro.

Esta es una de las señales de identidad más fuertes de la vida cristiana y de la espiritualidad ignaciana: la capacidad de compadecerse frente a los hombres y mujeres, cualesquiera que sean, y de ejercer la misericordia. Esta misericordia ha de realizarse en un discernimiento constante de los medios necesarios para aliviar el dolor ajeno, de los tiempos para ejercerla, de las capacidades a emplear por el bien del prójimo, de la apelación a otras fuerzas humanas para venir en ayuda del herido, del enfermo, del encarcelado, del excluido.

Así, la actitud solidaria especialmente con el “otro necesitado” expresa el sentido mas profundo de la vida del cristiano porque es imagen humana de la solidaridad divina y tiene como Maestro a Jesús que dio su vida por nosotros “en nombre del Padre”. Para un cristiano no es un “anexo “de la moral y las buenas costumbres”. Pertenece al núcleo fundamental de nuestra fe en un Dios solidario: el horizonte de la fe se expresa en un estilo de vida donde el amor a Dios se “encarna” en el amor al prójimo.

Por eso afirmamos que no “nacemos solidarios” sino que nos “hacemos” solidarios. Y la mediación para lograrlo es la educación y sus formas institucionales y comunitarias. Primero, la familia. Y la escuela. Y siempre las personas que re-conocen a otras personas. Y nuestra propuesta en este camino la denominamos Pedagogía Ignaciana,

Ignacio Peregrino sigue a Jesús “pobre y humilde”

En el centro de la espiritualidad ignaciana podemos descubrir esta profunda solidaridad. Ignacio peregrino, en su proceso de conversión fue conducido al paisaje desolado de la periferia: la mendicidad, el hambre, la incertidumbre. Cuando mayor era el despojo, mayor era la experiencia de Dios al ser expulsado de Tierra Santa, apaleado en Barcelona, burlado y encarcelado. Y funda la Compañía de Jesús pensándola como una presencia de la “periferia” en el “centro”. Cuando en las Constituciones exhorta a que “amen la pobreza como madre” (n. 287) se está refiriendo a esa presencia de la intemperie en el amparo de las estructuras. San Ignacio conoce la fecundidad de la pobreza, la experiencia de la otra visión del mundo que se contempla desde abajo y se hace solidaria con ella. Así le recomienda por carta a los estudiantes de Padua la amistad con los pobres y excluidos. Aprenderán mucho de los que nada tienen. Esta propuesta de Ignacio está fundamentada en dos intuiciones: el seguimiento de Jesús “pobre y humilde” como modo de transformación interior y la transformación interior como paso que lleva a la misión de transformar el mundo siendo testigos del Evangelio. Lo esencial de la identidad de Ignacio es su búsqueda incansable del “último lugar” para encontrar a Jesús. En Él se da el máximo desplazamiento del Centro a la Periferia: la encarnación del Hijo, el Abajamiento hasta la muerte en Cruz.

La vida espiritual a la que nos invita Ignacio, desde los Ejercicios Espirituales, es este desplazamiento interior para que el impulso de dominación se transforme en Amor, que es el modo de hacer de Dios desde Abajo. Es una pedagogía para atraer la “pulsión del Eros” y convertirla en “Ágape”, en servicio, como lo recuerda Benedicto XVI en su primera Encíclica.

Por eso Ignacio, ya General de la Compañía en Roma, en medio de entrevistas con el Papa, con cardenales y príncipes, dedicaba su tiempo a otras cosas: fundaba la casa Santa Marta para prostitutas que querían cambiar de vida, creaba otra institución para educar y proteger a sus hijas, fomentaba la catequesis para los procedentes del judaísmo, mal vistos en esa época, colaboraba activamente para la creación de casas para huérfanos y atención de los miles de niños que deambulaban por Roma, sobrevivientes de la guerra, el hambre y la peste. Se trata entonces de educar en este camino interior de “imitación” de Cristo pobre y humilde y en este camino exterior de solidaridad con el mundo que sufre y necesita ser transformado. Este es el fundamento “ignaciano” de nuestra solidaridad.

Una pasión se impone para la CG35 y nos la comparte: la misión en la frontera, en las encrucijadas, en las polaridades, creando puentes de comprensión y diálogo, de reconciliación en Cristo, sin paralizarse “por el pecado de los hombres”. Proclamando y construyendo “el servicio a la fe y la promoción de la justicia, indisolublemente unidas”,

en diálogo con las culturas y otras religiones como lo expresaron las Congregaciones generales 32 ,33 y 34.

Y en esto la tradición de la Compañía es rica en experiencias y relatos.

La propia idea de “frontera”, del límite más allá del cual no se va ni se debe ir, de espacio donde se debilita la presencia del centro, siempre ha atraído a los jesuitas como obstáculo para superar y meta a alcanzar. Desde el propio Ignacio quién en no más de 15 años logra alcanzar las principales fronteras de su tiempo y fijar con sus compañeros medios adecuados para abordarlas: India, Etiopía, Japón, Brasil, las universidades y colegios en la Europa protestante, la atención a niños huérfanos y prostitutas en Roma. Como se ha dicho, en una dinámica apostólica que no solo consiste en ir a la periferia sino hacer presente la periferia en el centro, de darle lugar, hacerla transparente y “reconciliarla”.

Esta tarea requiere, condiciones de posibilidad: formación permanente, una “ascesis” de preparación ardua, salir “del propio amor, querer e interés” para acudir al servicio de la Iglesia y de los mas necesitados, colaboración con personas, redes, instituciones que hagan propia esta misión, construcción de comunidades fraternas y gozosas, amor a Dios, unión de mentes y corazones. (Documentos CG35). Como dice González Buelta *“la hondura de la realidad, donde Dios trabaja sin descanso solo es percibida por la sensibilidad que ha sido transformada por la contemplación. La ascética nos hace disponibles para Dios. La mística nos transforma cuando Dios “nos abraza en su Amor” (EE15)”*

Nuestro apostolado educativo tiene mucho de ese servicio que nos expone a las encrucijadas de las fronteras en los desafíos culturales actuales. Comprenderlo y asumirlo como “condición de posibilidad” y no como determinismo paralizante nos ayudará a profundizar el camino emprendido y poder decir con el Profeta “Dios estaba aquí y no lo sabía”. Nos ayudará a examinar que intereses personales de grupo o institucionales nos impiden ver las nuevas fronteras y nos quitan disponibilidad y discernimiento para abordarlas hacia un Horizonte de Esperanza

El camino de la educación ignaciana

La opción es estar despiertos, permanecer alertas, “llenar de aceite nuestras lámparas” (Mt.25, 1-13), educándonos en la capacidad de aceptar la provocación del tiempo, que induce al hombre al riesgo de la libertad. Y la provocación de este tiempo de Esperanza es la opción solidaria. Es un nuevo nombre para el amor cristiano. No es moda, es un modo de educar haciendo de las experiencias solidarias “una profunda experiencia espiritual”. Como Ignacio, como los jesuitas y laicos que se atrevieron y se atreven a mirar más allá de los “tutelares muros” para reconocer a Dios en el prójimo y seguir al Jesús “pobre y humilde”

La Pedagogía de la mística de los ojos abiertos nos ayuda a percibir a toda la realidad. *La Pedagogía de la mística de los ojos cerrados*, a discernir la voluntad de Dios en lo profundo de nuestro corazón (González Buelta). Y la Pedagogía Ignaciana como modo

de proceder y estilo educativo nos abre a nuevas fronteras y horizontes. La voz profética fue de Pedro Arrupe. Renunciando a un cierto triunfalismo comenzó hace más de treinta años un proceso de renovación educativa. No son solo los colegios, es la educación. No solo es la educación, es la sociedad, las culturas, el Evangelio encarnado en las “nuevas fronteras”. La meta fue y es educar en el “ser con y para los demás”

Aprender de otros rostros y otras culturas, superando el peligro de auto referencias y “apariencias”. Nuevos escenarios, más plurales, con menos jesuitas y más laicos, más ignacianos y menos “formales”, más populares y menos elitistas. Nos preguntamos por la misión de la Compañía en el mundo plural y en la iglesia, por su misión educativa Fe y justicia, la opción por los pobres, el diálogo con las culturas, ecumenismo y diálogo interreligioso, la misión compartida con jesuitas y laicos, el aporte a la educación pública, son búsquedas de respuestas y a su vez desafíos. La vocación educadora de la Compañía, jesuita por tradición e ignaciana por espíritu, tiene mucho de provocar estas experiencias personales en sus instituciones: de Dios, de Iglesia, de pensamiento, de solidaridad y de amistad social. De reflexionar y discernir, para actuar, de integrar lo diverso, de ampliar la mirada como en la Contemplación de la Encarnación, de encender el “ardor” por la misión, de templar para la renuncia y el sacrificio por un “bien mayor”. Otra educación es posible, otro “mundo” es posible.

Educar es “cura personalis”, el vínculo personal como medio eficaz de la apertura al vínculo con Dios, en tiempos de subjetividades tan lábiles como efímeras. Es construir comunidad y “habitar” allí donde todos huyen y simulan. “Poner la tienda”, reconocer “tierra sagrada” donde otros solo ven “tierra arrasada”. Son los rostros, las personas, no las cosas. Es “habilitar” la Palabra, su escucha y su comunicación. Hacerse cargo del “otro” y dejarse interpelar por el Otro. Subir a la cruz en la alegría de la Resurrección.

Educar a lo largo de toda la vida es seguir siendo referentes de valores evangélicos traducidos en actitudes. Por eso el “éxito” de nuestras universidades y colegios no es el “comportamiento” o el rendimiento de los alumnos mientras están en ellos sino precisamente cuando sus actitudes y conductas “salen” y “dan fruto”, cuando deciden ser “testigos” en las periferias y fronteras y constructores de una nueva sociedad, cuando construyen inclusión y no exclusión y rechazan ser perplejos espectadores y peor aún, cómplices, de lo que justamente hay que cambiar.

Se trata de educar en una nueva sensibilidad que “amplíe nuestra mirada” superando la indiferencia hacia el dolor del otro y el refugio en el propio narcisismo. Es educar permanentemente en una cultura solidaria que supere el “flash reactivo” de solidaridad superficial ante situaciones límites y una “ética débil” de compromisos efímeros y poses marketineras.

Nuestro “gen” solidario en la identidad de la misión educativa se revela así como una necesidad del que se sabe y siente “ob-ligado” a la gratuidad sin la mediación de derechos y deberes sino “porque sabe y siente con otros, desde la abundancia del corazón”. Es un “bien de gratuidad” que no se puede exigir como derecho porque no se puede satisfacer por deber como bien dice Adela Cortina. Por eso “ser y hacerse

solidario” es educar en la gratuidad y en el reconocimiento del otro. Y es el Evangelio donde está la raíz más profunda: *“como yo os he amado, así os améis también vosotros los unos a los otros porque justamente en esto conocerán todos que sois discípulos míos, si os tenéis amor los unos a los otros” (Jn13, 34,35)*

Italo Calvino dice que es inútil dividir las ciudades entre las ciudades felices y las infelices. La verdadera diferencia está en otras dos: las que a través de los años y las mutaciones siguen dando su forma a los deseos y aquellas en las que los deseos, o logran borrar la ciudad o son borrados por ella.

El desafío de nuestras instituciones educativas es ser "ciudades" que a través de los años y las mutaciones siguen dando su forma a los deseos de una educación evangelizadora y de calidad para todos, especialmente para los más excluidos porque sabemos que *"no solo de pan vive el hombre"*.

Como la Compañía de Jesús, renovando su historia viva con la vida de miles de relatos de “amigos en el Señor”, dando entonces su forma al deseo de Dios, siendo tierra fértil para su semilla. Nuevamente **“el fuego que enciende otros fuegos”** nos convoca a construir comunidades de aprendizajes y de evangelización, de Esperanza y Promesa, nos convoca a “buscar el mundo en el corazón de Dios y a Dios en el corazón del mundo”. Porque especialmente en estos tiempos alterados “somos responsables de la Alegría del Evangelio que nos dejó Jesús”

Bibliografía

Alocución pronunciada por Benedicto XVI. Audiencia a la CG35. 21 de Febrero 2008

Consejo Episcopal Latinoamericano. V Conferencia general del Episcopado Latinoamericano y del Caribe. Aparecida. Documento Conclusivo. CEA. Buenos Aires 2007

Conferencia de Provinciales Jesuitas de América Latina (CPAL) Proyecto Educativo Común. 2005

Calvino, Italo. Las ciudades invisibles. Siruela. Madrid. 1992

Documentos de la Congregación General 35

González Buelta, Benjamín. Caminar sobre las aguas. Sal Terrae. Bilbao.2010

Martini, Carlo. Oración y Conversión espiritual. San Pablo. Bogotá.1995

Palabras del P. General, Adolfo Nicolás al Papa. Audiencia a la CG 35. 21 de Febrero 2008

Provincia Argentina. Proyecto Educativo Común. Gómez Alfonso SJ, Introducción